

Era ciertamente enemigo de Paoli, pero con las mismas condiciones que Saliceti, y además conocía el peligro de acelerar los acontecimientos, pues la isla entera se había agrupado en torno de Paoli. En caso de estallar la lucha entre paolistas y afrancesados, vencerían por de pronto los primeros, y esto bastara para comprometer gravemente la vida y hacienda de los Bonapartes. Convencido de ello, dirigió Napoleón á la Asamblea Convencional una carta concisa y nerviosa, en la que explicaba el error de haberse precipitado en acordar la comparecencia de Paoli y Pozzo di Borgo. Ante el cúmulo de protestas que de Córcega y aun del mismo continente recibía, comprendió la Convención que había procedido de ligero y revocó el decreto, en espera de conciliar los ánimos; pero ya era tarde, porque lastimado el amor propio de Paoli por el ningún miramiento que se le había tenido, declaróse enemigo de la República y en consecuencia de los comisarios. Casi toda la isla estaba sublevada en su favor. Los labriegos hostilizaban á los antipaolistas, saqueándoles las casas. A Paoli le era fácil reunir en pocos días un ejército suficiente para expulsar á las guarniciones francesas. Los comisarios desplegaron por su parte la mayor energía contra el incipiente levantamiento. Destituyeron al Consejo general, nombraron otros nueve consejeros de reconocida lealtad y, además, mantuvieron las tropas arma al brazo.

En Ajaccio pergeñaba Napoleón varios planes para apoderarse de su perpetua mira, la ciudadela, cuyo gobernador Colonna desoía las amistosas proposiciones de Napoleón, pues no ignoraba la importancia estratégica de aquel fuerte. Pensó Bonaparte en bombardearla con los cañones de un buque naufragado en el puerto, pero le contuvo el temor de perjudicar á la ciudad y tomó la resolución de marchar á Bastia, á donde ya había ido José, para convenir con los comisarios las providencias encaminadas á sofocar el movimiento paolista, que á la sazón estaba en su período álgido.

Dramático fué el viaje de Napoleón. Lo emprendió á pie en compañía de un su colono, natural de Bocognano. Durante todo el camino fueron topando con paolistas que desconfiados le miraban, aunque por dicha no le conocían personalmente; pero al llegar á Vivario, cabe la cordillera que promedia la distancia entre Ajaccio y Corte, comprendió lo peligroso de proseguir el viaje y que mejor sería desandar

camino para ir á Bastia por la marina, pasando antes por la aldea de Bocognano, en donde tenía amigos, si bien predominaban los paolistas. Apenas entrado en la aldea le prendieron los vecinos, ya prevenidos por Mario Peraldi, quien había visto á Napoleón en el camino. Le encarcelaron con centinelas de vista en el entresuelo de una casa, y es de suponer que no anduvo la vigilancia muy estrecha por cuanto aquella misma noche, á favor de la profunda obscuridad, logró Napoleón saltar de la ventana á la calle, en donde un grupo de amigos le esperaba, y el alcalde, que era antipaolista, le protegió en la fuga. Llegó Napoleón cerca de Ajaccio á la del alba, y sin aventurarse á entrar en la ciudad, recogióse en la casa de campo de su pariente el ex alcalde Levie, quien, no descuidando precaución alguna, cuidó de apostar gente adicta mientras disponía la marcha de Bonaparte. En esto vino la criada, avisando que los gendarmes cercaban la casa y Napoleón quiso rechazarlos con la gente apostada; pero más prudente Levie, mandó á los hombres que se estuvieran quietos, pues no convenía emplear la fuerza sino en último extremo. Al mismo tiempo ocultó á Napoleón en su propia alcoba y á la gente armada en otro aposento, quedando con ello, al parecer, tranquila y sosegada la casa. Entonces dejó que entrara el cabo de gendarmes, preguntándole qué se le ofrecía. Respondióle aquél diciendo que buscaba á Napoleón Bonaparte y que tenía orden de registrar la casa. Al decir esto palideció el cabo, porque del desordenado aspecto de la estancia indujo que estaban allí ocultos muchos hombres y creyóse caído en una celada. Levie repuso que consideraba el registro ofensivo para quien había sido alcalde de la ciudad, pues era como suponerle capaz de algún crimen. El cabo se deshizo en excusas, diciendo que le bastaba y sobraba la palabra de Levie, por lo que se retiró con su gente; pero temeroso el ex alcalde de que el cabo volviese con refuerzos, apresuróse á escoltar á Napoleón hasta la costa, en donde ya le esperaba una embarcación amiga, dispuesta por Levie. El viaje fué feliz y muy luego pudo reunirse Napoleón con los comisarios. Más adelante recompensó espléndidamente el señalado favor de su pariente Levie, pues no pudiéndole nombrar prefecto de la isla á causa de no saber francés, le nombró conservador forestal, y á la viuda é hijos les legó cien mil francos en el codicilo de Santa Elena.

En sus conversaciones con los comisarios aconsejóles Napoleón muy cuerdamente acerca de los puntos de la isla que convenía fortificar. Respecto á Ajaccio, insistió en la posibilidad de apoderarse de la plaza y expulsar á la guarnición corsa, adicta á Paoli. Aceptaron los comisarios el proyecto, y en consecuencia se dispuso en el golfo de San Florencio la expedición contra Ajaccio, compuesta de 400 hombres y algunos cañones, embarcados en una corbeta, un brique y varias chalupas. Zarparon el 23 de Mayo, llegando á Ajaccio el 31. Esperaba Napoleón que se le adhiriesen parte del vecindario y de la tropa, y en tal confianza desembarcó á su gente, sin que nadie le secundara. A la intimación que se le hizo, respondió el municipio diciendo que, si bien la ciudad era republicana, no podía recibir á los comisarios. Los patriotas de Ajaccio, que de buena gana se hubieran unido á Napoleón, no se atrevieron á ello, porque la ciudadela apuntaba contra sus casas y además los gendarmes corsos vigilaban las calles. Después de vivaquear en la torre de Capitello, reembarcó la expedición con rumbo á San Florencio.

Estaba, pues, abiertamente declarada la guerra entre los comisarios de la República y los paolistas, y para proseguirla con apariencia de legalidad convocó Paoli, por consejo de Pozzo di Borgo, á la delegación del pueblo. El 27 de Mayo más de mil delegados de todos los municipios se reunieron en el patio del convento de San Francisco, de Corte. Una comisión acompañó á Paoli y Pozzo di Borgo ante la asamblea, que, como en tiempos de la lucha contra los genoveses, proclamó padre de la patria al general Paoli y benemérito á Pozzo di Borgo, execrando los procedimientos seguidos contra ellos y desacatando la autoridad de los comisarios. Acordó además la asamblea reponer en sus cargos á los consejeros destituidos por los comisarios y á todo funcionario público que se hallara en caso análogo. Al mismo tiempo, los oradores de la asamblea entregaron al menosprecio público los nombres de Bonaparte y Arena, á quienes consideraban como principales causantes de lo sucedido. Para los Bonaparte hubo frases de extremado rigor, diciéndose de ellos: «Nacidos en el fango del despotismo, nutridos y educados á la vista y á expensas del lujurioso bajá que gobernaba la isla, alimentaron los mismos sentimientos é imitaron la conducta de los Arena... Que los tres hermanos

José, Napoleón y Luciano se habían convertido en celosos cooperadores y pérfidos agentes de Saliceti... Que tras intentar seducir con discursos á sus conciudadanos, uno de ellos (Luciano) había ido á propalar en los departamentos vecinos las calumnias cuyo motivo oculto conocían de sobras, etc.»

La asamblea adoptó la siguiente conclusión:

«Considerando que los hermanos Bonaparte han secundado los esfuerzos y apoyado las imposturas de Arena, al reunirse con los comisarios de la Convención, que desesperan de someternos á su tiránico partido y nos amenazan con vendernos á los genoveses;

»Considerando, por otra parte, que no cuadra á la dignidad del pueblo corso el ocuparse de las dos familias Arena y Bonaparte, las abandona á sus íntimos remordimientos y al juicio de la opinión pública, que desde ahora en adelante las condena á perpetua y execrable infamia.»

Como se ve, culminaba ya la excitación de los paolistas contra los Bonaparte, y enterado Napoleón de ello escribió á su madre, aconsejándole que se previniese contra toda eventualidad. Leticia propuso retirarse á su quinta de Milelli, llevando consigo los objetos de valor y una escolta de campesinos fieles, conviniendo en que, para no topar con los paolistas, darían la vuelta por el golfo de Ajaccio hasta la torre de Capitello, en donde, al abrigo de la maleza, esperarían la llegada de la escuadra francesa. Valiente y animosa como siempre, emprendió á pie y de noche Leticia la marcha con sus fieles compañeros, capitaneados por Nuncio Costa. Al clarear el día estaban ya seguros en las cercanías de Capitello, frente á Ajaccio y con el golfo ante su vista. Pronto apuntaron en el horizonte las velas de la escuadra, y por dicha para toda la familia, iba Napoleón á bordo del buque delantero, que temeroso de los disparos de la ciudadela, navegaba arrimado á la costa. Vió Napoleón que en la orilla había gente en ademán de solicitar auxilio, y acercándose aún más, reconoció á su madre y hermanas, que palpitantes de emoción le hacían amorosos signos. Toda la familia subió á bordo y mientras fondeaban los demás buques, el de Napoleón viró con rumbo á Calvi. Sucedió esto el 31 de Mayo. El 3 de Junio se alojaba la familia en casa de Guibega, padrino de Napoleón, establecido en dicha ciudad.

En cuanto se supo en Ajaccio la marcha de Leticia, las turbas, concitadas por los paolistas, saquearon la casa (1), y la misma suerte cupo á la de todos los antipaolistas.

Exasperado Napoleón por estos sucesos, presentó á la Convención una violenta memoria contra la conducta y proyectos de Paoli, á quien calificaba de traidor, rodeado de inconscientes ó de aristócratas. Recordaba el énfasis con que Paoli elogiaba la generosidad y grandeza del pueblo inglés, en prueba de que quería entregar la isla á Inglaterra. Le llamaba pérfido, ambicioso y despreciable. Describía la personalidad de los hombres que intimaban con el general, pintándolos como fanatizados por el jefe, á excepción de Pozzo di Borgo, cuyo talento no negaba, aunque tachándole de indigno y venal. Al mismo tiempo, para someter á los paolistas, presentó un plan de campaña concebido con exactitud y precisión reveladoras del futuro caudillo.

José llevó la memoria á París, entregándosela á la Junta Ejecutiva interina. Saliceti, ya de regreso en París, confirmó la memoria de Napoleón, advirtiéndole otra vez que Paoli era traidor á la patria y se disponía á levantar al pueblo contra las tropas de la isla. A pesar de las protestas del diputado Bozio, la Convención decretó el 17 de Julio que por traidores á la patria quedaran fuera de la ley el general Paoli, el procurador general síndico Pozzo di Borgo, los comisarios departamentales de Bastia y Ajaccio, el alcalde de esta ciudad y todos los individuos del Consejo general de la isla.

Al enterarse Paoli del decreto llamó en su auxilio á los ingleses, quienes acudieron con tropas al mando de lord Elliot, que se abrogó el título de virrey. Sin embargo, los franceses no tardaron en conquistar la isla y Paoli tuvo que refugiarse por segunda vez en Inglaterra. Napoleón, que entonces era Primer cónsul, no extremó el rigor contra los más significados paolistas, contentándose con tenerlos presos algún tiempo. Mario Peraldi trató en vano de entregar la isla á Rusia, en donde se había refugiado Pozzo di Borgo, quien llegó á ser embajador del Czar en las cortes de Europa y empleó toda su habilidad en contrariar los planes de Napoleón, movido por uno de esos implacables odios corsos que empiezan en la infancia y sólo acaban con la muerte.

(1) No es cierto que la incendiaran, como han supuesto varios historiadores.

En cuanto á Paoli, era tan profundo su patriotismo que no guardó rencor á Bonaparte, antes al contrario, le complacieron los brillantes progresos de su enemigo, y al enterarse de sus victorias, decía: «Es paisano, es corso.» Se felicitaba siempre de la prodigiosa carrera de Napoleón y del poderío que había alcanzado, pues de esta manera se desquitaba su querida isla del oprobio que sobre ella arrojaban las naciones circundantes.

«Hemos tenido la dicha de que un compatriota nos alcanzara la libertad, vengando honrosa y gloriosamente á la patria de las injurias recibidas. Yo le estimo (á Napoleón), porque ha demostrado que los naturales de esta oprimida y menospreciada isla saben distinguirse en todas las carreras, una vez libres de la tiranía. Él ha sido el ejecutor de nuestra venganza contra quienes nos habían envilecido. Ya nadie desdeña el nombre corso, y pronto veremos á otros de sus hijos en el escenario de Europa, pues su talento y noble ambición tendrán el luminoso ejemplo de Bonaparte.»

Libre la familia de Napoleón de las asechanzas paolistas y segura ya en Calvi, bajo la protección de Guibega, no permaneció allí mucho tiempo, por temor de que los paolistas se apoderaran de la ciudad. Así creyeron prudente embarcarse para el continente y se acercaron en Marsella, mientras Napoleón se incorporaba á su regimiento, de guarnición en Niza. Apenas llegado, ascendió á segundo comandante, pues en aquella época había mucho movimiento en las escalas del ejército.